

BIBLIOTECA NUEVA

Drieu y la cara oculta de Francia

Drieu la Rochelle es un escritor maldito, extravagante, de gran talento, que se equivocó muchas veces, colaboracionista de los nazis en la Francia ocupada. Se suicidó en la campaña de persecución y ejecuciones sin juicio desatada tras la liberación contra quienes pactaron con el diablo. Su errada vida refleja algunas de las páginas más sombrías y ocultas de la reciente historia gala



Título: Pierre Drieu la Rochelle.

El aciago seductor

Autor: Enrique López Viejo

Editorial: Melusina

Páginas: 334

Precio: 19,50 Euros

Fecha de publicación:

30 de Marzo

Pierre Drieu duerme en un sueño de Luminal, el sueño profundo de la muerte que se ha provocado él mismo con la ingesta de las pastillas y una botella de champán. Aún no ha muerto. Son horas de oscuridad absoluta hasta que llega el alba a las cornisas de los mismos tejados que despidió la tarde anterior. Abren la puerta de la calle. Entra Gabrielle, el ama de llaves, que ha llegado más temprano de lo habitual. Encuentra al suicida sobre la cama. Inconsciente. Tendría que estar muerto pero no lo está. El primer teléfono que Gabrielle encuentra es el de Olesia Sienkiewicz, la segunda esposa del señor. Casualmente, Olesia trabaja como voluntaria en un servicio de ambulancias y acude rauda para llevar al moribundo al Hospital Necker, donde le procuran los primeros cuidados, un urgente lavado de estómago. Sigue inconsciente, está en fase terminal pero conseguirán recuperarlo. Olesia no se ha asustado, Drieu ya venía anunciando que haría una cosa así. No ha muerto, pero está muy mal. Es un sábado torrido en la ciudad del Sena, las calles de París exhalan un fétido hedor, hace un calor húmedo y pegajoso. Es un día aciago. Doce de agosto de 1944.

Olesia tiene que ocultar a su antiguo esposo, su querido Pierre. Los nazis salen de París y la resistencia está tomando las calles al asalto y con violencia. Se acercan los ejércitos aliados. La colaboración es perseguida. Tiene que salir de Francia lo antes posible, al menos de París. Olesia realizará las gestiones inmediatamente.

(...)

Drieu es muy querido por sus amigos, y los antagonistas o adversarios que lo conocen tampoco le desean ningún mal al esforzado intelectual que lleva una temporada sin acertar con ninguna declaración pública. Pero la realidad es otra, con los odios y las traiciones, las envidias y los rencores. Buscarán la cabeza de Drieu la Rochelle. Tiene que irse.

Los colaboracionistas, con la desbandada de sus protectores nazis, son condenados sin juicio previo, sumariamente están siendo buscados y detenidos; no habrá

conmiseración con ellos. Drieu tiene muchos amigos en las altas esferas, en uno y otro lado, es muy querido, pero son más los enemigos que no le perdonarán su imagen pública al lado de los invasores alemanes, de los jefes nazis, siendo desconocidas sus verdaderas motivaciones, intenciones y actividad desarrollada al lado de los ocupantes. No se le trataría con justicia, si acaso, con cierta piedad. A él la piedad no le interesa. Había aplaudido a Hitler. Una locura. Su pluma había loado a los jerifaltes nazis y eran conocidas sus veladas entre los cortinajes de los salones franceses, ocupados por los alemanes, bebiendo whisky inglés. El embajador Abetz había sido amigo personal suyo. El castigo será inexorable, se dictarán penas de muerte. Alta traición a la nación francesa.

Drieu va despertando, no ha muerto. Tres días después consiguen cama para él en el Hospital Americano de Neuilly. Es un refugio mejor hasta que se recupere y se le pueda ocultar en algún lugar. Todo el mundo se ofrece para protegerlo y cuidarlo, pero serán sus mujeres quienes lo hagan.

Se produce una anécdota extraordinaria. Olesia Sienkiewicz conduce la ambulancia que traslada al enfermo del Hospital Necker al Hospital Americano, al norte de la ciudad. En el camino se queda sin gasolina, en el bulevar Delesert que sube del Sena hacia la plaza Alboni. Se quedan parados en medio del caos parisino, en una ciudad con tres millones de habitantes y sumida en un abigarrado tráfico, especialmente agitado por el ritmo de los acontecimientos, con miles de Citroën haciendo sonar sus bocinas. ¿Quién aparece en



Enrique López Viejo

Historiador

auxilio del vehículo averiado? Un coche tras la ambulancia resulta ir conducido por Colette Jeramec, la primera mujer del enfermo semi-consciente que va en la camilla. Olesia y Colette, juntas y rivales, salvando a su suicida amado. Drieu, el hombre cubierto de mujeres, está siendo socorrido por sus dos primeras esposas.

En el Hospital Americano le exponen la necesidad de que salga sin demora del país. Puede ir a Suiza, donde le esperan buenos amigos, o a España, donde tiene importantes contactos entre los falangistas y algunas autoridades en el régimen; es un país en postguerra relativamente tranquilo para él. Drieu se niega desde el principio. Ha decidido matarse y lo hará tarde o temprano. ¿Para qué el exilio? ¿Para qué las prisiones? ¿Para qué esperar a que lo ejecuten? Se matará él mismo. El suicidio será su particular liberación, la afirmación de su suprema libertad.

Lo intenta de nuevo, esta vez muy asustado. Se corta las venas pero las pone bajo un grifo de agua fría y acaba llamando a la enfermera. No ha sido definitivo, pero no quiere que le digan adónde debe ir.

Tiene que salir del hospital. No sabe si quiere recuperarse, el impulso le viene del exterior, le obligan a salvarse. Sus mujeres acuden en su ayuda, todas están cerca. Colette Jeramec le refugia en casa de su amigo el doctor Legroux, donde estará controlado y protegido y, una vez recuperado, buscarán un lugar en el campo donde ocultarlo una larga temporada. Olesia Sienkiewicz insiste en sus gestiones para la salida del país. Fue su segunda esposa, la divina polaca hija del único banquero pobre del mundo, como ironizaba Drieu. La amó de verdad, breve pero intensamente. Al final, abandonada por Pierre, se marchó con un amigo médico, el psicoanalista Jacques Lacan, y se divorciaron. Colette, por su parte, siempre había estado ahí, fiel y amiga, protectora y vigilante, y no hacía mucho se había visto correspondida por este loco de su primer marido: Drieu había conseguido su liberación de Drancy, un campo de prisioneros de los nazis. Colette Jeramec era judía, médico y millonaria. (...)

Brasillach, escritor y periodista, colaborador de los alemanes, es fusilado. Por él han intercedido Valéry, Mauriac, Cocteau y Albert Camus, pero su defensa no ha servido de nada

Todo son listas negras, depuración, comités, venganzas. ¿Miedo? ¿Qué se puede decir? Todavía piensa, escribe e insiste en las mismas letanías fascistas y comunistas



ÁNGEL CÓRDOBA

Ejecución de un camarada. Robert Brasillach, escritor y periodista, colaborador de los alemanes y con el que en su día viajó a Nuremberg y Berlín, es fusilado. Por él han intercedido Valéry, François Mauriac, Cocteau y el mismísimo Albert Camus, pero su defensa no ha servido de nada. Cae en una fuerte depresión, el próximo puede ser él. Morir como un héroe o morir condenado.

Prefiere su propia condena, su propio sacrificio. Está harto, harto de todo, de sí mismo, de lo privado, de una mística vacía y una nerviosa espera de aconteceres con muy mal cariz. ¿A qué esperar si lo tiene todo decidido? Para qué seguir con Memorias de Dirk Raspe, para qué preocuparse por Francia, por lo que está ocurriendo. Dicen que hay 30.000 detenidos por la resistencia, podrían encarcelar a medio país. ¿Quién no había colaborado? ¿Cuántos habían rehusado? Francia era un país sumiso. Vichy era la legalidad. ¡La resistencia era ilegal! Lástima tantos errores, tanto judío, tanto burgués, los masones, los comunistas... Llega la venganza. «Son todos unos pedreastas». ¿Cuándo llegará su turno? A él no le tocarán, él se marchará. Así se lo dice a algunos amigos que se encuentra en sus últimos paseos, semiculto por las calles inmediatas a su domicilio, al escondite de Jeramec, en el barrio de Ter-

nes.

Dirk Raspe, su último alter ego novelesco, morirá antes que el au-

tor. Pierre abandona la novela en las navidades más tristes que París ha conocido nunca. Suspende la redacción de las Memorias de Dirk Raspe. Deja de escribir y pronto dejará de vivir, como lo hiciera Van Gogh con su obra. Lo tenía que haber hecho ya. En fin, en estos meses ha escrito algo más, pero morirá tarde o temprano, pronto. Ha pasado el tiempo de las artes y de la literatura; todo le produce asco, busca lo sobrenatural.

(...)

La presión de las noticias en los diarios le devuelve a la realidad, observa la reacción de la resistencia sobre la colaboración, la confusión del momento, las intenciones del general de Gaulle, la presión de las partidas de comunistas que tienen tomado París.

Todo son listas negras, depuración, comités, venganzas. ¿Miedo? ¿Qué se puede decir? Todavía piensa, escribe e insiste en las mismas letanías fascistas y comunistas, sin perspectivas lógicas y desafiando a toda censura, sin temer la hostilidad de todos. Está muy confundido.

(...)

Los periódicos se están ensañando con su persona, con el amigo de los nazis, con el que ha sido el último director de la prestigiosa Nouvelle Revue Française, antorcha literaria del país. Madeleine Jacob, periodista judía de los tribunales, se encona con él; la estupenda periodista norteamericana del New Yorker, Janet Flanner, lo de-

fiende. Se dicta la orden de busca y captura, Drieu lo lee en el periódico de la mañana; en Le Figaro se anuncia que se ha abierto una instrucción contra su persona, que el escritor es un prófugo.

Se acabó.

¿Por qué no ha muerto ya? Puede crear complicaciones a los que le protegen, a los que acudan en su ayuda, y eso no lo quiere.

Escribe una nota para su ama de llaves, Gabrielle, y otra para Colette Jeramec, a la que ya ha dejado instrucciones previas para su funeral, que no quiere religioso y desea sea sencillo. No desea presencia masculina, si acaso Malraux y Jean Bernier, el viejo amigo al que hace años que no ve. Que sólo le acompañen las hermanas de Olesia, Bassia y Kissia, y Suzanne Tézenas, si están en París. Sus planes se cumplirán a medias. Muchos de su círculo salen de la ciudad o están muy lejos ya.

Lejos de sus deseos, seguirán el féretro sus editores Gallimard y

Dicen que hay 30.000 detenidos por la resistencia, podrían encarcelar a medio país. ¿Quién no había colaborado? ¿Cuántos habían rehusado? Francia era un país sumiso

El 15 de marzo coloca su rostro y boca frente a un tubo de gas en la cocina, sentado en una silla frente a la pila; previamente ha tomado tres cápsulas de Gardenal

Paulhan, que celebran la liberación de París llorando a su complicado amigo, con el que tanto discreparon; y sus más queridos, Boyer, Bernier, Pierre Andreu, los Clément Philippe y Colette. Malraux no podrá estar presente, permanece en el frente lorenés. Ninguna de sus esposas pudieron acudir al sepelio en el cementerio de Neuilly: ni Olesia, ni Colette, y tampoco ninguna de sus amantes importantes. Sus amigas sí. Todas, las judías y las polacas. Christiane Renault encargó la lápida, en ella reza B. À HASSIB, de Beloukia a su poeta de Bagdad en la ficción. La joven viuda K* quiso permanecer anónima en todo momento, en vida y muerte de Drieu.

El 15 de marzo coloca su rostro y boca frente a un tubo de gas en la cocina, sentado en una silla frente a la pila; previamente ha tomado tres cápsulas de Gardenal, una cantidad mortífera de fenobarbital. Esta vez no fallará. Muere fulminantemente. En la nota que ha dejado a Gabrielle, su ama de llaves, le pide que no le ayude en esta ocasión, le escribe: «Déjeme dormir esta vez»; en otra carta dirigida a Colette, le ruega que ponga sus papeles a buen recaudo, que cuente con Malraux como albacea y organice el funeral previsto. Paul Léautaud, el anciano escritor y periodista del Mercure de France, levanta el cadáver. Pierre Drieu la Rochelle ha muerto y es enterrado en el cementerio de Neuilly-sur-Seine, en París..